

Frente a la arrogancia la dignidad

*Patricia Galeana**

*A doña Clementina Díaz y de Ovando, historiadora ilustre,
universitaria ejemplar, digna representante de la mujer mexicana*

En un mundo cada vez más interdependiente, en el cual se da una creciente globalización de los problemas, el estudio de la historia de la política exterior de nuestro país adquiere mayor importancia. Nuestras relaciones internacionales tienen aún muchas vetas inexploradas, su análisis nos permite tener una certera visión del quehacer histórico de nuestro pueblo y apreciar su lucha en defensa de la soberanía nacional, así como sus esfuerzos por insertarse en el concierto universal.

La historia diplomática de México en el siglo de la construcción de su Estado nacional, el siglo XIX, está llena de incidentes entre los representantes de las potencias extranjeras de la época y los nóveles diplomáticos mexicanos, que ponen de relieve la arrogancia y arbitrariedad de los primeros frente a la dignidad y ecuanimidad de los responsables de la política exterior, para defender los derechos e intereses de la emergente nación frente a la codicia insaciable de los gobiernos imperialistas.

Los representantes norteamericanos, ingleses, alemanes o franceses tuvieron como común denominador, salvo rarísimas excepciones, su menosprecio por México. La inestabilidad política interna proyectó una imagen negativa del país, por ello fue arduo y meritorio el trabajo diplomático que realizaron nuestros antepasados para contener los ímpetus hegemónicos de los extranjeros.

En los primeros 33 años de vida independiente de México, del 28 de septiembre de 1821 en que se formó la Junta Provisional Gubernativa al 12 de agosto de 1855 en que renunció Santa Anna, se sucedieron 52 gobiernos, ocho de los cuales fueron ocupados por el caudillo del ejército. Al triunfo de la revolución que acabó con el régimen santannista, se desató la guerra civil más cruenta después de la de independencia, al enfrentarse el proyecto liberal de la nación con las estructuras conservadoras que subsistían desde la colonia. De 1858 a 1867, los dos gobiernos que se disputaban el poder, el liberal y el conservador, lucharon por el reconocimiento internacional. En 1858, nuestro

*Directora general del Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos (IMRED).

país todavía no había logrado su estabilidad política, por lo que la imagen de México, al inicio de la segunda mitad del siglo XIX, era de extrema debilidad.

Por todo ello, los representantes de las grandes potencias veían a los mexicanos como seres inferiores incapaces de organizarse políticamente y cobraban caro cada reconocimiento a su gobierno en turno. Estaban conscientes de que México tenía una situación geopolítica privilegiada, así como de sus riquezas potenciales, a las que se había hecho propaganda en obras como la de Humboldt o la de Chevallier.¹

El país no podía lograr su estabilidad política, en buena medida, porque desde la consumación de su independencia en 1821, hasta 1867, año en que salen del territorio mexicano las fuerzas de ocupación francesas, siempre estuvo bajo la amenaza de una invasión extranjera. Esto dio por resultado que el ejército tuviera siempre el poder y que no se pudiera consolidar un gobierno civil.

Primero, España se negó a conceder validez a los tratados de Córdoba entre Iturbide y O'Donoju, desconociendo la independencia de México hasta 1836, aún después de que lo había hecho el pontificado, no sin antes haber intentado la reconquista en 1829.

A continuación, Francia intentó una primera intervención en 1838 con el bloqueo de Veracruz, ya con la idea de establecer un gobierno monárquico que dependiera del suyo. Acto seguido, Estados Unidos invadió a México en 1847 despojando a nuestro país de la mitad de su territorio y, finalmente, en 1862 se formó una alianza tripartita entre Gran Bretaña, Francia y España contra México que culminó con la intervención francesa de 1862 a 1867.

Durante todos estos años los representantes extranjeros asumieron una actitud soberbia hacia los mexicanos, misma que encontró una respuesta firme de nuestros diplomáticos que frenó los abusos de aquellos; así, gracias a un admirable manejo diplomático lograron que México conservara territorios tan codiciados como Baja California o el Istmo de Tehuantepec y, sobre todo, la independencia y soberanía nacionales.

El despojo más grande de nuestra historia se dio entre 1848 y 1853, cuando James Knox Polk asumió la presidencia de Estados Unidos y comisionó a John Slidell para que comprara a México el territorio entre el río Nueces y el Bravo, más el norte de Nuevo México y California, hasta por \$40 000 000. Al no lograr su objetivo el presidente norteamericano decidió obtener por la fuerza el territorio deseado.

¹ Alejandro de Humboldt. Ensayo político sobre el reino de la Nueva España. Estudio preliminar, revisión del texto, cotejos, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina. México, Porrúa, 1966. 696 p. (Col. Sepan-cuantos; 39). Michel Chevallier. *Le Mexique ancien et modern*. París, Hachette, 1863.

El 13 de mayo de 1846 Polk pudo conseguir del Congreso norteamericano la declaración de guerra contra México. Poco antes, había hecho avanzar a sus ejércitos hasta Matamoros con el fin de provocar un enfrentamiento. Después de la batalla de La Angostura entre el general Taylor y Santa Anna, los generales Stephen W. Kearny y Alexander W. Doniphan ocuparon Nuevo México e invadieron Santa Fe. A continuación, Kearny inició la avanzada sobre California, complementada por John Drake Sloat que ocupó Monterrey; John B. Montgomery se estableció en la Bahía de San Francisco y Robert F. Tockton se posesionó de Los Ángeles, concluyendo así el despojo de la Alta California. De esta manera, independientemente de la toma de la Ciudad de México, Estados Unidos se había apropiado de hecho de todo el territorio que quería anexarse en ese momento.²

Nicholas Philip Trist, quien había sido secretario privado de Andrew Jackson, y cónsul en La Habana, donde se le había acusado de participar en el tráfico de esclavos, fue enviado a México con instrucciones de "cohechar" a los mexicanos y arreglar "la paz" más conveniente a Estados Unidos. En un principio no tuvo éxito en sus gestiones, pues por otro lado el general en jefe del ejército invasor, Winfield Scott, negociaba la firma de un armisticio con Santa Anna en el mes de agosto.³

Después de los desastrosos resultados militares, los representantes de México se enfrentaron a la diplomacia intransigente de los norteamericanos, empeñados en lo que llamaron "derecho de guerra", en virtud del cual consideraban tener las facultades para posesionarse de los territorios elegidos.

La vieja tesis religiosa de que la guerra podía ser justa cuando se dirigía contra pueblos infieles, había pasado al puritanismo norteamericano. El Destino Manifiesto como doctrina política recogió la tradición mesiánica que dio fundamento a la concepción de los Estados Unidos de Norteamérica como el pueblo escogido por Dios para crear el modelo de sociedad perfecta que debe extenderse a todo el mundo. Esta filosofía justificó la apropiación del territorio que estaba, desde su punto de vista, mal gobernado por los mexicanos y les llevó a extender sus dominios de lado a lado del continente.

En las negociaciones diplomáticas posteriores a la guerra "antes de convenir en hacer cesión alguna, se procuró... que se sometiera al arbitraje de algunas potencias"; pero, esto fue "imposible, ...Francia e Inglaterra, habían transigido sus propias diferencias con los Estados Unidos de América, por no comprometerse a un rompimiento. Por otra parte, la España, no era bastante

² Josefina Vázquez y Lorenzo Meyer. *México frente a Estados Unidos, un ensayo histórico: 1776-1980*. México, El Colegio de México, 1982. p. 43.

³ *Ibidem*. p. 42-43.

poderosa por sí sola para mediar en la contienda".⁴ Así, el despojo territorial más grande de la historia en nuestro continente se realizó impunemente sin que ninguna potencia quisiera involucrarse.

Diez meses había permanecido el ejército invasor en la Ciudad de México; el 12 de junio de 1848 se arrió la bandera estadounidense y se evacuó la capital, el presidente José Joaquín Herrera entró a ella la noche del mismo día. La invasión norteamericana con la pérdida de la mitad de su territorio ha sido evidentemente la tragedia más grande que ha vivido el país en toda su historia.

El llamado Tratado de Paz, Amistad y Límites y Arreglo definitivo entre la República Mexicana y los Estados Unidos de América no fue un arreglo definitivo ni siquiera de la frontera. No se cumplió más que la parte que afectó a México, es decir, la pérdida de 2500000 de kilómetros cuadrados; pero ni se respetaron las garantías que se debían otorgar a los mexicanos que quedaron en el territorio conquistado; ni se evitó la incursión de indios salvajes, que desposeídos de sus tierras eran empujados al sur; ni se puso en práctica la pactada neutralidad para impedir el paso de filibusteros, así como tampoco se hizo caso de las reclamaciones presentadas por la parte mexicana. En cambio, se dio preferencia a aquellas que presentaban los estadounidenses.

Uno de los asuntos discutidos inicialmente en las negociaciones para dar fin a la invasión norteamericana fue el referente a la apertura de una vía de comunicación por el Istmo de Tehuantepec, que por fortuna para México no quedó incluido en el tratado, pero fue objeto de todo tipo de presiones posteriores por parte de los norteamericanos.

Desde 1848, el representante norteamericano Nathan Clifford había increpado al gobierno mexicano argumentando que debía respetar la cesión de derechos a ciudadanos estadounidenses, ya que los ingleses habían traspasado la concesión original De Garay al norteamericano Hargous. El gobierno mexicano respondió que dicha concesión ya había sido cancelada en vista de no haberse cumplido el plazo establecido a pesar de las diversas prórrogas, por lo que ya no había lugar a sus demandas. No obstante, el secretario de Estado norteamericano, John Clayton, instruyó al nuevo embajador de Estados Unidos en México, Robert P. Letcher, a empeñar todos sus esfuerzos con el objeto de lograr un convenio sobre el paso de Tehuantepec.

Letcher y Gómez Pedraza firmaron el "Convenio entre la República Mexicana y los Estados Unidos de América, para proteger una vía de comunicación por el Istmo de Tehuantepec", en junio de 1850. El convenio no

⁴José C. Valadés. *Orígenes de la República Mexicana*. México, Editores Mexicanos Unidos, 1972. p. 519-524.

satisfizo al gobierno norteamericano porque no reconocía los derechos de la concesión De Garay.

La lucha de Estados Unidos por obtener el paso a través del Istmo de Tehuantepec no cesaría. Se prolongó durante todos estos años en los cuales los gobiernos mexicanos se vieron acosados por los estadounidenses que les arrancaron la firma de diversos tratados; después del Letcher-Gómez Pedraza se firmaron el Corwin-Tornel-Del Castillo, el Gadsen-Díez de Bonilla y el MacLane-Ocampo.⁵

El gobierno mexicano deseaba que la empresa que construyera el paso por el Istmo fuera mixta —no sólo norteamericana—, con mexicanos y extranjeros, bajo la condición de que no se estableciera la posibilidad de reclamaciones por sus respectivos gobiernos. Además, México demandaba la neutralidad del paso por el Istmo. Quería establecer el derecho de tránsito a todas las naciones, para evitar el monopolio norteamericano.

Después de haber visto cercenado su territorio, México tuvo que seguir viviendo bajo la amenaza norteamericana; asimismo, se vio acosado por las potencias del viejo continente.

Con Gran Bretaña, un conflicto de importancia que tensionó las relaciones bilaterales fue el de la llamada guerra de castas en Yucatán. Los mayas eran explotados por los descendientes de familias españolas dedicadas al comercio con La Habana. Durante el gobierno de Herrera los indígenas se rebelaron contra los criollos; éstos pidieron ayuda a Europa y a Estados Unidos a título de defender a la "raza blanca". Gran Bretaña se vio involucrada en el asunto porque los filibusteros ingleses vendían armas, desde Belice, a los indios sublevados.

No obstante las constantes notas de los diplomáticos mexicanos en las cuales exhortaban al gobierno británico para que evitara el tráfico de armas que estaba provocando el desquiciamiento de la región, los ingleses nunca asumieron su responsabilidad en el asunto y exigieron en cambio, con notas altisonantes, que las autoridades mexicanas impusieran orden en su frontera con Belice. Fronteras que por cierto no estaban donde las marcaban los ingleses, quienes acabaron por adueñarse del territorio mexicano ante la imposibilidad de nuestro país para defenderlo.⁶

⁵ *Algunos documentos sobre el Tratado de Guadalupe y la situación de México durante la invasión americana*. Pról. de Antonio de la Peña y Reyes. México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1930. p. 188 (Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Primera Serie; 31)

⁶ José Fernando Ramírez. *Memorias, negociaciones y documentos para servir a la historia, de las diferencias que han suscitado entre México y los Estados Unidos, los tenedores del antiguo privilegio, concedido por la comunicación de los mares Atlántico y Pacífico, por el Istmo de Tehuantepec*. México, Ignacio Cumplido, 1853. p. 162-165.

En cuanto a las relaciones con Francia, éstas tampoco fueron buenas. Vale la pena recordar un penoso incidente que tuvo lugar con el embajador francés Alleye de Ciprey en 1845, que es una viva muestra del desprecio que los extranjeros tenían por los mexicanos. Éste ocurrió cuando un caballo del representante francés fue mordido por un perro en el Baño de las Delicias. El diplomático responsabilizó a los trabajadores y al dueño del establecimiento de tal suceso y fue a maltratarlos personalmente. La actitud del representante fue tan excesiva que despertó la indignación de los transeúntes, quienes se agolparon en torno al lugar y acabaron gritando mueras al francés. El embajador alegó que le habían faltado a su dignidad diplomática y que lo habían tratado de asesinar por lo cual exigía que destituyeran a todo el personal y que fusilaran a quien había disparado al aire, so pena de que Francia rompería sus relaciones con México, si no se satisfacían sus demandas.

No conforme con el escándalo armado, el barón de Ciprey, en pleno teatro nacional, golpeó con su bastón y escupió en la cara al señor licenciado don Mariano Otero, a la sazón alcalde tercero de la Ciudad de México, quien había publicado en el diario *El Siglo XIX*, algunos editoriales contra Ciprey a raíz del incidente citado.

Los sucesos referidos constituyen una pequeña, pero representativa, muestra de la grosería con que antaño los representantes de las naciones poderosas se permitían tratar a nuestros connacionales. Esta altanería contrasta con la serenidad de las notas de nuestra Cancillería que en casos como el mencionado defendieron la razón que nos asistía frente a la arbitrariedad despótica y prepotente. Ciprey no fue el único caso. En sus alegatos el diplomático francés se cuestionaba si México debía pertenecer a la comunidad de naciones civilizadas y citaba a Vatel en su defensa. Finalmente, con gran desdén hacia México y su gobierno, declaró rotas las relaciones entre su país y el nuestro.⁷

La mayoría de las reclamaciones que presentaban los representantes extranjeros en los años que nos ocupan eran exageradas o definitivamente injustificadas. El gobierno mexicano demostraba la improcedencia de las mismas y por tanto la imposibilidad de satisfacer sus pretensiones. Sin embargo, estaba arrinconado en un callejón sin salida, porque siempre existía la amenaza de llegar al uso de la fuerza para lograr sus objetivos. Innumerables especuladores, agiotistas y comerciantes sin escrúpulos se acogían a la protección de las banderas extranjeras para exigir al gobierno de México la satisfacción de tratados ruinosos y, lamentablemente, los representantes diplomáticos en casi todas las ocasiones se prestaban a semejantes artimañas.

⁷ México. Secretaría de Relaciones Exteriores. *La gestión diplomática del doctor Mora*. Advertencia de Luis Chávez Orozco. México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1931. 166 p.(Archivo Histórico Diplomático Mexicano. Primera Serie; 35)